

La iniciación cristiana, itinerario catequético- sacramental para madurar en la fe

Aurelio García Macías

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

Me agrada que en estas Jornadas se haya dedicado un tema específico a la iniciación cristiana como itinerario catequético-sacramental; es decir, un camino contemplado en su doble vertiente de formación y celebración, que conduce a la insondable realidad de ser cristianos. Probablemente sea uno de los temas que más se ha estudiado, desde perspectivas diversas, en estos años postconciliares. Yo quisiera, en esta breve reflexión, hacer una síntesis de algunos puntos fundamentales que, desde mi ciencia y experiencia, como estudioso de la liturgia y párroco durante una buena parte de mi ministerio presbiteral, me han hecho reflexionar sobre lo que yo llamaría, la «gran experiencia» o «el gran sacramento» de la iniciación cristiana.

La iniciación cristiana es vista en muchos de los documentos actuales como un «don» y una «respuesta». Es un don de Dios que recibe la persona humana por la mediación de la Iglesia¹. Es una propuesta que nace tras la aceptación del anuncio de Jesucristo y el deseo de pertenecer a Él, seguirle a Él, identificarse con Él. Solo Dios puede hacer que el hombre renazca en Cristo por el agua y el Espíritu; solo Él puede comunicar la vida eterna.

Pero la iniciación cristiana es también una “respuesta” libre y generosa del hombre al don de Dios. Esta respuesta es la que permite comenzar a recorrer ese itinerario, que libera del

1 Cf. CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, *Lumen Gentium*, n. 14; LXX ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, Madrid 1999, nn.9-10, pp. 13.

pecado y posibilita crecer en la fe hasta poder sentarse en la mesa eucarística.

Sin embargo, esto no es posible sin la mediación de la «Madre» Iglesia, «querida por Dios para actuar en el tiempo la obra de la redención humana y de la participación de los hombres en la naturaleza divina».² Se trata de un proceso realmente divino y humano, trinitario y eclesial. Considero este aspecto muy importante, ya desde el inicio. No se trata de una cuestión puramente humana, dependiente de la valía del catequista y de la eficacia del proceso formativo. ¡Claro que son cuestiones importantes, pero no determinantes! En este proceso también cuenta Dios, y la Iglesia, y la gracia. Es un dato que, alguna vez, he/hemos olvidado. La iniciación cristiana es un proceso en el que se funden y se confunden el candidato y Dios, el catequista y la Iglesia, los programas humanos y la gracia divina. No estamos muy acostumbrados a este lenguaje, pero, en ocasiones, más allá de lo visible en este proceso, ignoramos lo que la gracia de Dios va trabajando en el corazón del candidato a cristiano.

Para adentrarnos en este tema me sirvo, en gran parte, del rico contenido del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*.³ Siempre que hablo de él, me acuerdo del profesor que impartía esta asignatura en mis estudios de liturgia y nos decía que la renovación espiritual de la Iglesia, en el momento actual, pasa por el conocimiento y la aplicación de este Ritual.

1. Siempre la fundamental evangelización

Hay siempre un origen, un inicio, un “primer grado” en el proceso de evangelización. Se trata del primer anuncio de Jesucristo y de su Evangelio por parte de la Iglesia; y de la primera respuesta por parte de la persona que escucha este mensaje.

² *Ibid.* n. 11, p. 15.

³ Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos reformado según los decretos del Concilio Vaticano II, promulgado por mandato de Pablo VI, aprobado por el Episcopado Español y confirmado por la sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino (= RICA), Madrid 1976. Interesante para este tema el artículo de R. GONZÁLEZ, “La mistagogía en el Ritual de la iniciación cristiana de adultos”, en *Phase* 191 (1992) 381-393.

Es el tiempo de la primera evangelización o precathecumenado. Tanto el Papa san Pablo VI en su Exhortación *Evangelii nuntiandi* como el Papa Francisco en su *Evangelii gaudium* exhortan a la Iglesia a entrar en un contexto, clima y misión de evangelización permanente, constante.⁴ Es una de las notas características del pontificado de Francisco «salir», «buscar», tender la mano a todos los hombres y mujeres de esta hora histórica y anunciar a Jesucristo, no solo de palabra, sino con el testimonio de una sincera misericordia y caridad. También nosotros, pastores y catequistas, hemos de entrar en esta dinámica. No se trata solo de un «oficio» adquirido responsablemente ante nuestra comunidad. Es una misión personal y vocacional, para comunicar la salvación de Dios a todos los hombres.⁵

Es el tiempo, también, en el que la persona se enfrenta a sus primeras luchas interiores e indecisiones, al cambio de vida y consecuente conversión. Quiere ser cristiano; quiere hacerse cristiano; y es recibido como es y con lo que es por parte de la Iglesia. Es un tiempo de búsqueda y descubrimientos, de preguntas y respuestas, de disposición interior y exterior, que exige total disponibilidad y dedicación por parte de la Iglesia para dar a conocer a Jesucristo y acompañar al candidato. «La finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe de tal manera que conduzca a cada cristiano a vivir - y no a recibir de modo pasivo y apático - los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe».⁶ A mi juicio, sería conveniente cuidar algunos aspectos al inicio del camino.

En primer lugar, es evidente que, al anunciar a Jesucristo, es necesario contextualizar su vida y mensaje en el designio de la historia de la salvación, querida por Dios y prolongada hasta hoy. Es importante clarificar sus diversas etapas: la Primera Alianza, la Nueva Alianza y el «hoy» de Dios, tiempo particularmente vinculado a la Iglesia, y en el que se renuevan y se hacen presentes los gestos salvadores de Jesucristo en la celebración litúrgica.

4 Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 160.

5 Considero interesante la reflexión que se hace sobre este tema en H. Bourgeois, *Teología catecumenal*, Barcelona 2007.

6 PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 48.

La experiencia me dice que la generación actual es reacia a las explicaciones conceptuales de la fe y más proclive al lenguaje narrativo, típico de la mentalidad bíblica semita. Creo que es bueno, en este tiempo inicial y durante todo el proceso del catecumenado, leer «la historia» y «las historias» de la Sagrada Escritura. Es importante conocer el contenido de la Biblia y, - como hay dificultad en la lectura por parte de los niños y jóvenes actuales -, tal vez tenemos que retomar la tradicional forma del «relato», tan típico de todas las culturas. ¡Sí, contar la historia de la salvación, para que se familiaricen con los nombres y acontecimientos protagonistas de este diálogo vital entre Dios y la humanidad!

En segundo lugar, y siguiendo consecuentemente la propuesta anterior, tengo una buena experiencia, sobre todo con jóvenes y adultos, de *lectio divina* comunitaria. Se trata de elegir algunos textos referenciales de la Biblia para hacer una lectura personal, compartida en grupo, por parte de quienes inician un proceso de búsqueda en la fe. Es una modalidad más de «estudio del Evangelio», como tantas otras propuestas que han renacido tras el redescubrimiento de la Sagrada Escritura por parte del Concilio Vaticano II. Mi experiencia es muy positiva. Los jóvenes se enfrentan al texto concreto, lo leen y releen, lo subrayan y después opinan en grupo. Todos se complementan y se sorprenden por el enriquecimiento mutuo, incluso en compañeros que no esperaban. Y este compartir da pie a iniciar receptivamente el tema o temas que el catequista quiera tratar. Concluir con una oración por parte del catequista, en la que sabiamente recoja las ideas centrales del encuentro, ayuda a los presentes a iniciarse en la oración a Dios Padre y son edificados por el testimonio del catequista, que ora. Así, desde el inicio maduran en un contexto de formación teórica y experiencia práctica.

Es muy recomendable, también, invitarles a la lectura personal de la Biblia. Ciertamente no puede ser indiscriminada, sino guiada. En algunas ocasiones he propuesto una iniciativa muy familiar en las Iglesias luteranas: se trata de una serie de versículos bíblicos escritos en pequeños papeles enrollados y dispuestos en una pequeña caja, que se prepara, incluso, en forma de regalo

para ocasiones diversas. Se invita a elegir un papelito, al inicio de cada día, y leer el versículo escrito con el fin de pensar en él –meditarlo - a lo largo de toda la jornada. Es un método muy fácil, pero eficaz, que va familiarizando al joven con el contenido de la Sagrada Escritura en un momento de su vida, en el que está motivado y receptivo a buscar y conocer más profundamente la fe cristiana. Este puede ser un primer paso, muy sencillo y hasta podríamos decir ingenuo, pero puede completarse con la invitación a comenzar leyendo algún libro concreto y sencillo de la Biblia.

Estoy hablando de personas que han mostrado un interés en su proceso de iniciación cristiana. Ciertamente, si el candidato no está motivado o lo vive como una obligación impuesta, la cuestión se dificulta evidentemente, y puede que no haya la misma recepción. Pero la cuestión ya es otra. El problema no es tanto del proceso, cuanto de la persona.

Como bien sabemos, este tiempo concluye con el *Rito de Entrada en el catecumenado*.

«El Rito por el que se agrega entre los catecúmenos a los que desean hacerse cristianos, se celebra cuando, recibido el primer conocimiento del Dios vivo, tienen ya la fe inicial en Cristo Salvador. Desde entonces se presupone acabada la primera “evangelización”, el comienzo de la conversión y de la fe, y cierta idea de la Iglesia, y algún contacto previo con un sacerdote u otro miembro de la comunidad, y hasta alguna preparación para este orden litúrgico»⁷.

Este Rito comienza con un diálogo que me parece sugestivo:⁸

Celebrante: ¿Cómo te llamas?

Candidato: N...

(El celebrante puede llamar, también, a cada uno por su nombre y cada candidato responde: Presente)

Celebrante: ¿Qué pides a la Iglesia? (o bien: ¿Qué quieres? ¿Para qué?)

Candidato: La fe (o bien: La gracia de Cristo, La entrada en la Iglesia).

7 RICA, n. 68.

8 RICA, n. 75.

Celebrante: ¿Qué te otorga la fe?

Candidato: La vida eterna.

Desde el principio, se habla del final. Es curioso que este diálogo precisa, desde el inicio del itinerario, la meta a conseguir. Es el mismo candidato quien se presenta a la Iglesia; no es la Iglesia quien presenta al candidato, como, por ejemplo, en el caso de las ordenaciones de obispo, presbítero o diácono. ¿Por qué? Porque se trata de una decisión personal, libre y responsable del candidato. La Iglesia ha de escrutar las intenciones del candidato, es decir, cuáles son sus motivaciones. Es evidente que las respuestas del candidato necesitan ser clarificadas a lo largo del proceso catecumenal: ¿qué es la vida eterna?, ¿la gracia de Cristo?, ¿la Iglesia?

Tras este diálogo inicial, que escruta las intenciones del candidato, el celebrante le hace una pregunta directa: ¿Estás preparado para empezar hoy, guiado por Cristo, ese camino? La respuesta esperada es «Estoy preparado». Posteriormente pregunta a los padrinos si están dispuestos a «ayudarle a buscar a Cristo y a seguirle».

Tras esta primera parte, el RICA contempla el exorcismo y renuncia a los cultos paganos, malignos espíritus, incluso con la posibilidad de una *insuflatio* (soplo suave), que significa el soplo de Dios, el aliento de su Santo Espíritu. Es curiosa la rúbrica que dice: «Donde esté en boga el culto de adoración a las potestades de las tinieblas, o de evocación de los espíritus de los muertos, o las prácticas mágicas para conseguir la protección de lo alto, se puede introducir, a juicio de las Conferencias Episcopales, el primero de los exorcismos y la primera renuncia».⁹

Se invita a los candidatos a purificar su vida de aquello que puede obstaculizar su camino. Los candidatos que deciden entrar a formar parte del catecumenado han de tomar decisiones vitales, «cortar» con las malas prácticas de la vida. No se trata solo de un itinerario intelectual o académico, sino vital, existencial, moral. ¿No sería conveniente recuperar este aspec-

⁹ RICA, n. 78.

to para proponer a los candidatos cortar con muchas prácticas idolátricas, que forman parte ya de la vida cotidiana de la sociedad actual, pero que se contraponen al espíritu evangélico? Pienso en la dependencia de horóscopos, quirománticas, supersticiones o elementos mágicos que impiden ejercer la propia libertad a tantas personas.

La signación que hace el celebrante, en forma de cruz, en la frente y en los sentidos, significa la fortaleza de Cristo para emprender este camino y para luchar contra el mal en sí mismos y fuera de sí mismos. Se le puede imponer un nuevo nombre y se le introduce en la Iglesia, para significar que, desde este momento, es acogido, no por una persona (sacerdote, catequista), sino por la Iglesia. Puede también celebrarse una Liturgia de la Palabra, incluso, si se ve conveniente, proseguir con la eucaristía; pero hay un gesto también significativo: se le entrega el libro de los Evangelios y se reza por ellos. Esta cercanía a la Palabra de Dios, que habla, que es viva y eficaz, y a la oración de la comunidad eclesial, son dos aspectos que no podemos olvidar, porque acogen y alientan al candidato en el inicio de un camino, que no comienza solo, y que ha de conducirlo hasta la configuración con Jesucristo. Así lo expresa una de las oraciones conclusivas de este Rito:

«Oh, Dios omnipotente y eterno,
Padre de todas las criaturas,
que creaste al hombre a tu imagen,
recibe con amor a estos siervos queridos,
y concédeles, pues oyeron entre nosotros la palabra de Cristo,
que, renovados con su virtud,
lleguen por tu gracia
a la plena conformidad con tu Hijo,
que vive y reina por los siglos de los siglos.»¹⁰

2. La experiencia del catecumenado

Después del primer anuncio del Evangelio, anuncio que suscita la fe, la acción catequética – catecumenado - prepara para la adhesión a Jesucristo y para la acción sacramental - sacramentos

¹⁰ RICA, n. 95.

de la iniciación cristiana -, que introducen en la Iglesia a los nuevos discípulos.

El segundo grado, denominado Catecumenado, quiere ser una catequesis integral para madurar la fe, que alterna momentos de instrucción, de examen de vida y de oración. Es un tiempo largo, que puede durar varios años, dependiendo de la realidad del candidato.¹¹

Destaco la importancia del catequista en este proceso. Realmente debería ser acompañante en la fe, un confidente al que se le abre el corazón, y él, desde su experiencia, guía al catecúmeno en los momentos buenos y malos, porque él ha recorrido y conoce el mismo camino, la misma experiencia. Comparo el catequista con un montañero que guía a un grupo de personas hasta la cima de la montaña. Para realizar este ejercicio es necesario que el montañero conozca muy bien la senda que conduce al objetivo; y esto solo es posible si él mismo la ha recorrido ya previamente y ha experimentado la realidad concreta del camino. Si no fuera así, el montañero corre el riesgo de perder a quienes le siguen, divagar por la montaña desgastando las fuerzas del grupo inútilmente y no llegar a la meta deseada. Es importante que los catequistas que reciben la encomienda de guiar el catecumenado hayan sido «iniciados» también en la vida cristiana.

Esta era la tarea propia de los padrinos en el antiguo catecumenado. Es evidente que, hoy, la institución del padrino ha sufrido tal transformación que es irreconocible desde los parámetros de la Iglesia de los primeros siglos. Bien sabemos todos que, en la actualidad, la figura del padrino responde más a cuestiones familiares y culturales, que relativas a la fe. Se eligen los padrinos de cualquiera de los sacramentos por motivaciones foráneas a la fe, y esta es una de las causas de la dificultad y desgaste pastoral de algunos párrocos. A mi juicio, no hay mucho que hacer, por el momento. Luchar contra esta mentalidad generalizada en la mayoría de nuestras familias «católicas» conduce a un enfrentamiento que, lejos de solucionar la cuestión, la complica. Es ver-

¹¹ Para una síntesis histórica y teológica, con acentos pastorales para el momento actual, sobre el proceso catecumenal ver D. BOROBIO, *Catecumenado e iniciación cristiana*, Barcelona 2007.

dad que algunos obispos han comenzado a legislar esta cuestión en sus diócesis, al menos temporalmente. Es un primer paso que sirve para el inicio de una reflexión en nuestras diócesis sobre la importancia de «padrinazgo», no solo en el proceso de la iniciación cristiana, sino también en algunos otros momentos de la vida sacramental. Pero, hasta que lleguemos a la meta deseada, considero que deberíamos dar más importancia al catequista, que prepara y acompaña a niños, jóvenes o adultos en el camino de la iniciación cristiana. Él es verdaderamente quien, en este momento histórico, ejerce y asume las funciones propias del padrino. Por eso, tal vez tendría que ser la Iglesia, y no las familias, quien determinara y decidiera quién debería ser el padrino en estos momentos importantes del crecimiento y maduración en la fe. De este modo, se trataría de una realidad significativa y no «ficticia» como en muchos de los casos presentes.

El catecumenado debería ofrecer una exposición sistemática de las verdades fundamentales de la fe, profesadas en el Credo de la Iglesia. Es verdad que no es un lenguaje fácil y comprensible; por ejemplo, la referencia a la «misma naturaleza del Padre», «luz de luz», o el mismo concepto de la «resurrección». En mi experiencia pastoral me he encontrado con catequistas y catecúmenos que opinaban de todo y con teorías de lo más variado y peregrino. El catecúmeno ha de encontrar en el catequista una referencia de fe clara y segura, rubricada por el testimonio creyente de su propia vida. Comencemos por las cuestiones fáciles y no escandalicemos, ya desde el inicio, con las últimas teorías exegéticas o teológicas que cuestionan la verdad de la fe. No es el momento ni el método más oportuno.

Al exponer sistemáticamente las verdades de la fe, es conveniente incorporar, también, la explicación de los signos y símbolos litúrgicos, en concomitancia con la lectura y explicación de la Sagrada Escritura. No olvidemos que el 90 % del lenguaje de la liturgia depende de la Biblia.

Es un tiempo oportuno para iniciar en la oración. El catecúmeno, como ya hemos indicado, ha de ver en el catequista una persona creyente y orante, que cree en Dios, escucha a Dios y habla a Dios. Probablemente es la primera referencia, también, para el

catecúmeno de ver o conocer una persona orante. Sería bueno comenzar explicando las oraciones “básicas” del cristiano (Padrenuestro, Avemaría, Gloria, etc.), para que pueda aprenderlas de memoria, pueda repetir las cuando está solo e iniciar, así, un diálogo personal e íntimo con Dios. Por supuesto, que no es el único ni el mejor método. Pero mi experiencia pastoral me dice que, aquello que se aprendió de memoria en los primeros años, ha permanecido grabado en la memoria de muchos ancianos; y cuando ya no podían leer, ni siquiera hablar en voz alta, estas oraciones han acompañado los momentos fundamentales de la enfermedad y del final de sus días.

El catecumenado es un tiempo, también, de revisión de la vida del catecúmeno. Y a esto, no estamos muy habituados. A veces, nos contentamos con la «sesión grupal» de catequesis, exponemos el tema e invitamos a un diálogo, preparamos la misa del domingo y ultimamos los preparativos para la próxima actividad que hará el grupo. Sin embargo, considero que en el proceso catecumenal hemos de dar espacios para atender a cada uno de los catecúmenos, bien sea el catequista o el presbítero, e intentar entrar en un diálogo que revise algunos aspectos de la vida. No se trata de invadir la intimidad, ni de forzarle a una dirección espiritual obligada; pero tenemos que iniciar también a la vida cristiana, a las actitudes cristianas, al examen de la vida del catecúmeno y descubrir en él las huellas del pecado: los gestos de soberbia o de envidia, la actitud agresiva o inhibidora con los demás... e intentar iluminar y reconducir esta realidad a la luz del Evangelio. Recuerdo que, en una ocasión, me sirvió de gran ayuda el acto de contrición, que recitamos personalmente en comunidad, al inicio de la Misa. «Yo confieso» significa que yo personalmente declaro solemnemente en público (ante Dios todopoderoso y ante, vosotros, hermanos) que «he pecado». ¡Sí, yo reconozco ante toda la asamblea litúrgica que he pecado! Soy un pecador. Y, a pesar de la apariencia que puedo tener ante los demás, reconozco que soy como los demás: débil e imperfecto. Reconocemos que hemos pecado de «pensamiento, palabra, obra y omisión». Esto hay que explicarlo. Son conceptos que se dicen de prisa y de rutina y, a veces, no hemos profundizado suficientemente sobre ellos. Conviene explicar al catecúmeno

la realidad que se esconde tras estos términos, porque sirven de ayuda para un buen examen de vida todos los días y durante toda la semana; para que cuando lleguemos a la celebración dominical especialmente, o a cualquier celebración eucarística de la semana, al realizar el acto penitencial estemos prontos a reconocer, en verdad, lo que somos.

Los exorcismos menores y las bendiciones son momentos rituales en el camino del catecúmeno que ayudan a sentir la presencia y el auxilio de Dios en este proceso, y la cercanía maternal de la Iglesia, que lo cuida.

Los exorcismos menores, ordenados de modo deprecatorio y positivo, muestran ante los ojos de los catecúmenos la verdadera condición de la vida espiritual, la lucha entre la carne y el espíritu, la importancia de la renuncia para conseguir las bienaventuranzas del Reino de Dios y la necesidad constante del divino auxilio.¹²

«Oh Dios omnipotente y eterno,
que por tu Hijo Unigénito
nos prometiste el Espíritu Santo,
te rogamos humildemente
por estos catecúmenos, que se ofrecen a ti,
aparta de ellos todo espíritu maligno
y toda acción errónea y pecaminosa,
para que merezcan ser templos del Espíritu Santo;
confirma nuestras palabras, llenas de fe,
y haz que no sean vanas,
sino llenas del poder y de la gracia
con que tu Unigénito libró al mundo del mal.»¹³

Las bendiciones muestran la caridad de Dios y la solicitud de la Iglesia hacia los catecúmenos, para que, mientras todavía carecen de la gracia de los sacramentos, reciban, al menos de la Iglesia, ánimo, gozo y paz en la prosecución de su esfuerzo y de su camino.

«Oh Dios,
que, por la venida de tu Hijo Unigénito Jesucristo,
libraste providencialmente al mundo del error,
escúchanos y da a tus catecúmenos

12 Cf. RICA, n. 101.

13 RICA, n. 113.

inteligencia, perfección,
firmeza en la fe y conocimiento seguro de la verdad,
para que progresen día a día en toda virtud,
reciban en el momento oportuno
la regeneración para el perdón de los pecados
y glorifiquen tu nombre con nosotros.
Por Jesucristo, nuestro Señor.»¹⁴

Eran y son signos y ritos dirigidos a cada catecúmeno, que hablan de Dios y de la cercanía de Dios a cada uno de ellos, como fuerza en medio de su debilidad. En ocasiones pecamos de cierto «grupalismo», es decir, predomina tanto el valor del grupo que se disuelve la personalidad de cada catecúmeno, con su historia y personalidad propias. La liturgia de la Iglesia formaba y forma en común, pero dedica momentos y ritos especiales a cada uno. ¿Por qué no usar alguno de estos elementos, propuestos en el *iter* catecumenal de la Iglesia, para cuidar la vida espiritual de nuestros catecúmenos?

El tiempo del Catecumenado concluye con el *Rito de la Elección* al inicio de la Cuaresma. En dicha celebración, denominada *elección o inscripción del nombre*, la Iglesia, después de oír el testimonio de los catequistas y padrinos, decide si el catecúmeno puede acercarse a los sacramentos pascales.

El rito comienza con la presentación de los candidatos. El celebrante llama a los catecúmenos: «Acérquense los que han de ser elegidos...». Los padrinos y catequistas dan testimonio ante la comunidad. Posteriormente, se interroga a cada uno de los candidatos para manifestar su disposición personal y, ante la respuesta positiva (Sí, queremos), se confirma su elección: «N. y N. habéis sido elegidos para que os iniciéis en los sagrados misterios durante la próxima Vigilia pascual».¹⁵

Hay ya una decisión *madura* y *pública* por parte de los candidatos y de la Iglesia, que compromete a ambos mutuamente. El celebrante alienta la decisión de los catecúmenos con estas palabras:

¹⁴ RICA, n. 124.

¹⁵ RICA, n. 147.

Ahora, por tanto, vuestro deber es, como el de todos nosotros, que, ayudados por la divina gracia, ofrezcáis a Dios, que es fiel a su llamamiento, vuestra fidelidad y que os esforcéis con todo entusiasmo en llegar a la plena verdad de vuestra elección.¹⁶

Se estimula la fidelidad y el esfuerzo de los candidatos para continuar el camino hasta llegar a la meta, pero sin olvidar que, junto al esfuerzo humano, son «ayudados por la divina gracia». Es una muestra más del continuo diálogo en este proceso entre la naturaleza humana y la gracia divina.

Y, con este rito, comienza el tiempo de preparación próxima para recibir los sacramentos de la iniciación cristiana.

3. Necesaria purificación e iluminación

El *tercer grado*, que coincide con la cuaresma, se denomina «Tiempo de la purificación y de la iluminación». Se trata de una preparación espiritual más intensa para recibir los sacramentos con los que comienza a ser cristiano. La Vigilia pascual es el tiempo legítimo y oportuno para celebrar los sacramentos de iniciación, aunque, por razones pastorales, pueden celebrarse fuera de este tiempo.

Es la etapa más breve: cuarenta días, cuyo momento principal es la celebración de los *escrutinios* y de las *entregas*.

Llamamos *escrutinio* a un rito en el que el sacerdote o diácono invita a orar a la comunidad por los elegidos, impone la mano sobre cada uno de ellos y proclama una oración, denominada *exorcismo*, para que se desprendan de las consecuencias del pecado y del influjo del mal, consigan fuerzas para su itinerario espiritual y se les abra el corazón para recibir los dones del Salvador.¹⁷ Tiene lugar el tercer, cuarto y quinto domingo de Cuaresma, por eso, en algunos casos, el texto hace referencia a los Evangelios proclamados ese domingo en el ciclo A o catecumenal: la Samaritana, el ciego de nacimiento y Lázaro.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Cf. RICA, n. 156.

El objetivo de los escrutinios es purificar las almas y los corazones, proteger contra las tentaciones, rectificar la intención y mover la voluntad, para que los catecúmenos se unan más estrechamente a Cristo y prosigan con mayor decisión en su esfuerzo para amar a Dios.

Se trata, pues, de continuar con mayor intensidad la revisión de vida, es decir, contrastar la propia vida con la voluntad del Señor, sintetizada en la Sagrada Escritura, que se proclama y medita más intensamente en estos días. Es un tiempo de corrección y aliento, de percibir con mayor intensidad el sentido del pecado y de la conversión. Al inicio del itinerario catecumenal han renunciado a la idolatría; ahora tienen que comprender la renuncia que han de hacer en la Vigilia pascual, que hablará de diferentes formas de pecado. Se les enseña, por tanto, a discernir entre el bien y el mal. En un contexto cultural marcado por un especial relativismo y escepticismo cultural en el que no hay verdad, este periodo enseña a los elegidos el valor del bien y del mal, así como las consecuencias del bien y del mal.

Este clima favorece, también, la iniciación al sacramento de la penitencia. Cuando se trata de un camino catecumenal en el que el candidato ha de recibir los sacramentos de la iniciación cristiana en la Vigilia pascual, conviene hablar y explicar el sacramento de la penitencia, para que se vaya preparando a él y pueda celebrarlo en el futuro. Cuando se trata de niños o jóvenes ya bautizados, que recorren un itinerario de formación catecumenal hacia el sacramento de la primera comunión o de la confirmación, conviene dedicar tiempo a este sacramento. No se trata de una preparación precipitada e inminente al sacramento de la primera comunión. ¡No! En este caso, conviene que los programas contemplen un tiempo suficientemente oportuno para formar en el sentido y celebración del sacramento de la reconciliación en sus diversas formas; y celebrarlo varias veces antes de recibir el sacramento de la confirmación o primera comunión. Las confesiones precipitadas del día antes del sacramento, en el contexto conclusivo de un retiro espiritual, no suelen dar buen resultado. Al menos, esa es mi experiencia. El sacramento de la

penitencia o reconciliación necesita tiempo para su «asimilación» y «celebración» con sentido.

En este tiempo cuaresmal considero, también, oportuno dar a conocer a los elegidos el ejemplo de los santos, de los bienaventurados testigos de Cristo, que, en su variedad de carismas, edad y épocas históricas, afirman la posibilidad de vivir el Evangelio y recorrer el camino cristiano. No es solo una propuesta para «super héroes», sino para hombres y mujeres de carne y hueso como nosotros. Puede parecer una propuesta más típica de épocas pasadas que de los programas pedagógicos hodiernos; sin embargo, he visto a algunos jóvenes verdaderamente impactados por el relato de la vida de un santo, que, –en expresión de ellos–, les ha marcado e influido para cambiar la vida y aceptar con mayor convicción la fe en Jesucristo.

Después de los escrutinios, se hacen las *entregas*, es decir, un rito por medio del cual la Iglesia «entrega con amor los documentos que desde la antigüedad constituyen un compendio de su fe y de su oración»¹⁸: el símbolo de la fe y el padrenuestro.

En la primera entrega, el celebrante se dirige a los catecúmenos diciendo: «Acérquense los elegidos para recibir de la Iglesia el símbolo de la fe»; y prosigue: «Queridos elegidos, escuchad las palabras de la fe, por la cual recibiréis la santificación. Las palabras son pocas, pero contienen grandes misterios. Recibidlas y gustadlas con sencillez de corazón».¹⁹

Al recibir la segunda entrega, el celebrante dirige a los catecúmenos las siguientes palabras: «Acérquense los que van a recibir la oración dominical». Se lee el pasaje evangélico en el que Jesús enseña a sus discípulos esta oración u otro pasaje conveniente, y prosigue con una oración sobre los candidatos. Así se preparan para proclamar la oración dominical, por primera vez en público, en la Vigilia pascual, después de haber recibido ya los sacramentos del bautismo y la confirmación, y como preparación a la comunión eucarística.

18 RICA, n. 181

19 RICA, n. 186

Tanto el contenido del símbolo de la fe como de la oración dominical ya ha sido explicado a lo largo del catecumenado. Ahora se trata de recibir este tesoro para aprenderlo de memoria y poder proclamarlo públicamente, junto con la asamblea de los fieles, en las celebraciones litúrgicas. Después de haberlos estudiado y comprendido, se les entrega para que lo custodien y lo vivan.

4. La celebración de los sacramentos

La meta de itinerario catecumenal es la Vigilia pascual, denominada desde antiguo la «madre de todas las vigili­as», para significar la importancia central de esta celebración en el conjunto del año litúrgico. Se celebra la resurrección de Jesucristo, acontecimiento central de la historia de la salvación y de la redención humana. «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe», decía san Pablo (*1 Cor 15,14*). Es una celebración que hereda el fuerte simbolismo de la tradición cristiana. Este fue el interés de Pío XII y de la Comisión «piana» al restaurar la importancia de esta Vigilia y devolverla a su contexto nocturno original. El simbolismo de la noche es esencial para el desarrollo de esta celebración, que se prolongaba en los primeros siglos hasta el alba, para significar con el mismo ritmo cósmico del tiempo el paso de la muerte a la resurrección de Jesucristo y nuestra. Este es el contexto litúrgico original de la celebración de los sacramentos de la Iniciación cristiana. Los catecúmenos participan en la muerte y resurrección de Jesucristo, «con-sepultados» y «con-resucitados» con Cristo, como decía san Pablo (cf. *Rom 6; Col 2,12*); y «re-generados» por el baño del nuevo nacimiento, como dice la teología del evangelista san Juan (cf. *Jn 3,5*).²⁰

20 Es interesante la reflexión del papa FRANCISCO sobre el significado del bautismo en la Audiencia general del 9 de mayo de 2018: «La pila bautismal es el lugar en el que se hace la pascua con Cristo! Es sepultado el hombre viejo, con sus pasiones engañosas (cf. Ef 4,22), para que renazca una nueva criatura; realmente las cosas viejas han pasado y han nacido nuevas (cf. 2 Cor 5,17). En las “catequesis” atribuidas a san Cirilo de Jerusalén se explica a los nuevos bautizados lo que es ha sucedido en el agua del bautismo. Es bonita esta explicación de san Cirilo: “En el mismo momento habéis muerto y habéis nacido, y aquella agua llegó a ser para vosotros sepulcro y madre” (n. 20, *Mistagógica 2*, 4-6: pg 33, 1070-1082). El renacimiento del nuevo hombre elige que sea reducido a pólvora el hombre corrompido por el pecado. Las imágenes de la tumba y del vientre materno referidas a la pila, son de hecho muy incisivas para expresar cuanto sucede de grande a través de gestos sencillos del bautismo. Me gusta citar la inscripción que se encuentra en el antiguo baptisterio romano del Laterano, en el que se lee, en latín, esta expresión atribuida al papa Sixto III. “La Madre Iglesia da a luz virginalmente mediante el agua a los hijos que concibe por el aliento de Dios. Los

Ciertamente es una bella celebración, pero, hoy día, cabe preguntarse ¿sigue siendo significativa para el hombre de hoy? A pesar de los esfuerzos realizados por la reforma litúrgica, cada vez se adelantan más los horarios de esta celebración por comodidad y se celebra ya antes de finalizar la tarde. Se evocan argumentos pastorales para facilitar la participación de los fieles en horas tempranas, que no sería posible en la medianoche. Sin embargo, me llama la atención que los fieles están habituados a participar en la misa de medianoche o «del gallo» el día de Navidad, incluso siendo invierno y haciendo mucho frío. ¿Por qué?, ¿por qué es difícil la participación a medianoche en la Vigilia pascual de primavera y no en la misa del gallo en pleno mes de diciembre?

Además, el mismo fuego, que se hace fuera de la iglesia, en los Ritos iniciales, presenta ciertas dificultades de comprensión en un contexto urbanístico en el que no existe la noche, porque todo está iluminado. ¿Cómo evocar la fuerza de la luz del Cirio, que es Cristo, como única luz que ilumina la noche, cuando ya está todo iluminado?

La Liturgia de la Palabra ha seleccionado los pasajes bíblicos más importantes para comprender la resurrección de Jesucristo en el contexto de la *historia salutis*. Servía de meditación y guía pausada a lo largo de toda la noche para comprender el misterio santo de la Pascua. Era un tiempo de oración comunitaria, sin prisas, incluso en tiempos que había que trabajar al día siguiente, porque todavía el domingo no era día festivo. Sin embargo, vivimos un momento eclesial que tiende a acortar lo más posible esta celebración, especialmente reduciendo las lecturas al mínimo exigido y, a veces, ni siquiera eso. ¿Qué denota tal actitud? Que no gozamos ya con la meditación pausada de la Palabra de Dios «en vigilia», es decir, en tiempo de oración prolongada durante la noche. Queremos cumplir con la misa, con la duración habitual de la misa, aun tratándose de una celebración con una estructura diversa y un significado particular.

que habéis renacido de esta pila, esperad el reino de los cielos". Es bonito: la Iglesia que nos hace nacer, la Iglesia que es vientre, es madre nuestra por medio del bautismo. Si nuestros padres nos han generado a la vida terrena, la Iglesia nos ha regenerado a la vida eterna por el bautismo».

En la liturgia bautismal, los catecúmenos reciben el sacramento del bautismo y los fieles renuevan el suyo con la aspersión del agua bendita. Podríamos comentar muchos de los elementos característicos de esta parte de la celebración. Por ejemplo, en la renuncia y profesión de fe, hay que ver una referencia inevitable al inicio del itinerario catecumenal y, sobre todo, al inicio de la cuaresma. Al imponer la ceniza, se escucha una fórmula bíblica que dice: «Convertíos y creed en el Evangelio», invitación a vivir la cuaresma como un camino de renuncia, conversión y fe, que culmina en esta pregunta de la Vigilia pascual: ¿Renuncias, de verdad?, ¿crees, de verdad? No es simplemente una fórmula ritual; es un programa de vida para el futuro cristiano y todos los cristianos presentes que responden a estas preguntas. Menciono también la riqueza teológica de la oración de bendición del agua, que no puede pasar desapercibida en la catequesis previa del Catecumenado, o el significado del “agua bautismal”, o, incluso del baptisterio y de la pila bautismal, que hoy día pasan desapercibidos para gran parte de los cristianos.

Respecto al sacramento de la confirmación, - que corresponde a la crismación postbautismal que se hace sobre la frente de los ya bautizados -, es necesario insistir en el valor del don del Espíritu Santo. Es un don gratuito y espiritual que convierte al cristiano en templo, sagrario, recipiente del Espíritu Santo, que anima, alienta y guía la vida cristiana. Me llama la atención cuando, bien el obispo o el presbítero, ungen con el santo crisma la frente de los bautizados y, rápidamente, va alguien a limpiarle la frente para que no se «manche». ¿Cómo es posible que no se respete un signo tan significativo, ni siquiera unos segundos? Se hace este signo precisamente para «manchar», «marcar», «ungir» la frente del confirmando. Puede parecer un dato gracioso e inoportuno, pero no lo es. Los signos han de ser significativos, si no es así, no significan nada.

Recuerdo cuando estudiaba en clase el catecumenado primitivo, que, tras el bautismo en las fuentes bautismales de los antiguos baptisterios, se pasaba a un lugar denominado *consignatarium* o *chrismarium* en el que existía una sede desde donde el obispo ungía a los bautizados antes de pasar al aula de la basílica

para celebrar la eucaristía. Había un proceso distinguido, incluso en los espacios, que marcaba las tres etapas o sacramentos de la iniciación cristiana en la noche pascual.

La celebración permite a los bautizados y confirmados sentarse a la mesa eucarística para participar, por primera vez del Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Es recomendable, si es posible, que comulguen con las dos especies sacramentales, no solo ellos, sino también toda la comunidad. Es la meta máxima de los catecúmenos: la plena comunión con Cristo, que se renueva constantemente en cada eucaristía y se actualiza permanentemente en la vida.

5. Mistagogia

Tras la plena incorporación a Cristo y a su Iglesia, por medio de los sacramentos de la iniciación cristiana, se propone el tiempo denominado Mistagogía. Hemos de comprender que los neófitos antiguos no habían asistido jamás a una eucaristía; solamente a la liturgia de la Palabra, tras la cual, eran despedidos por el diácono, mientras la comunidad continuaba celebrando la liturgia eucarística. Existía la antigua «ley del arcano», que impedía a los cristianos informar o hacer partícipes a los demás de lo vivido en la celebración. Por eso, después de haber participado por primera vez en la eucaristía, después de haber experimentado los ritos de la iniciación cristiana, comenzaba un breve tiempo de explicación de los ritos vividos, particularmente en la Vigilia pascual, y de profundización en la celebración eucarística con la comunidad cristiana. Tenemos bellísimas «catequesis mistagógicas» que algunos notables obispos dirigieron a los iniciados en la antigüedad.²¹

«Para que los primeros pasos de los neófitos sean seguros, es de desear que en todas estas circunstancias sean ayudados con interés y amistad por la comunidad de los fieles, por sus padrinos y pastores. Póngase todo empeño en conseguir su plena y gustosa integración en la comunidad».²²

21 Para una buena síntesis de este tema en la época patristica ver: J. RICO PAVÉS, "La Catequesis en los Padres de la Iglesia. Claves para una síntesis", Teología y Catequesis 83 (2002) 35-76.

22 RICA, n. 235.

Es un tiempo que se prolonga a lo largo de la cincuentena pascual, en el que los neófitos gustan los frutos de la Pascua y del Espíritu, participando especialmente en las eucaristías dominicales, en la oración de la Iglesia y frecuentando el contacto fraterno con la comunidad eclesial.

Son días de encuentro y catequesis, también, alentando el crecimiento de la fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio y transmitido eficazmente a través de los sacramentos de la iniciación cristiana. Es importante cuidar este tiempo de *mistagogía pascual*, fomentando el encuentro con los neo-cristianos, entre ellos y con la comunidad eclesial, conociendo las diversas realidades y grupos de la parroquia, a modo de presentación «oficial» entre ambos. El catequista cuenta con un tiempo especial para continuar formando con los textos y gestos de la liturgia del tiempo pascual. Probablemente con un ritmo más relajado, pero oportuno para introducir a los iniciados en el misterio de la fe celebrado en la liturgia.

Este tiempo ha de servir también para invitar a los nuevos cristianos a continuar profundizando en la fe con una formación o catequesis permanente, vinculada a la comunidad eclesial de referencia y a la vivencia de los sacramentos, de la liturgia, que acompañará al cristiano en el itinerario existencial hasta el final de su vida. Los nuevos cristianos podrán vivir los sacramentos «vocacionales» del Orden Sagrado o del matrimonio. Celebrarán los sacramentos de la penitencia y de la unción de los enfermos como algo ocasional; sin embargo, por medio de los sacramentos de la iniciación cristiana se han incorporado plenamente a la eucaristía, que será su alimento durante toda la vida.

6. Dos sugerencias conclusivas

Como habéis podido comprobar, he repasado el itinerario catequético-sacramental de la Iniciación cristiana, - bien conocido por todos vosotros -, permitiéndome comentar o subrayar algunas observaciones, que, desde mi experiencia de estudioso de la liturgia y párroco en varias parroquias del ámbito rural y

urbano, considero importantes a tener en cuenta en nuestra misión de «iniciadores» y «acompañantes» de la nueva generación de cristianos.

Pero quisiera finalizar mi reflexión aportando dos sugerencias pastorales conclusivas que tienen que ver, sobre todo, con el “después” del tiempo de la Mistagogia y el «actual» tiempo de «re-iniciación cristiana» permanente, que debemos afrontar, –yo diría– en todos los cristianos.²³

Por un lado, me gustaría apuntar el valor del año litúrgico en el programa pastoral de toda institución eclesial, también las parroquias y, por ende, de toda programación catequética. Soy un fervoroso defensor de identificar lo más posible el programa del año catequético con el marco del año litúrgico. Sé que es difícil; he experimentado en carne propia las resistencias de presbíteros, catequistas, familias, jóvenes y niños. Pero estoy convencido que el año litúrgico es la “programación” de la Iglesia para todas las comunidades cristianas. No soy muy partidario de identificar la catequesis con el curso escolar. Se corre un riesgo grandísimo de identificarlo a una actividad extraescolar más; como está sucediendo en muchos lugares. Ya sé que se entra prontamente en colisión y conflicto con las familias y el denso horario de programación semanal estipulado tras las vacaciones estivales. Esto requiere, por parte de las parroquias, preparar y anticipar convenientemente el horario de la catequesis antes del verano. Pero quien valore la formación cristiana y desee participar en la catequesis, con el tiempo, aprenderá a informarse y reservar el horario preestablecido por la parroquia para esta importante misión. No faltarán quienes continúan importunando a catequistas y párrocos con solicitudes tardías y exigencia de privilegios, pero serán excepcionales.

23 «La liturgia exige continuamente la catequesis y no solo por motivos pastorales más o menos contingentes, sino porque el culto cristiano constituye un misterio accesible solamente a través de la fe y exige, por tanto, incesantemente una renovada iniciación. Para que los fieles puedan realmente encontrar a Cristo en los signos de la Iglesia, es necesario que crean ya en él, comenzar el itinerario salvífico que está él realizando en la historia del mundo, comprendan lo anunciado en las Escrituras y realizado en Cristo y ahora ya presente para nosotros como prenda y preludio de su plenitud final (cf. SC 9)»; D. SARTORE, “Catequesis y liturgia”, en Nuevo Diccionario de Liturgia, edd. D. Sartore – A. M. Triacca – J. M. Canals, Madrid 1997, p. 320.

Creo que hay que incorporar la gran pedagogía del año litúrgico en los momentos de catequesis. Hay que vincular la memoria de los santos y la celebración de los tiempos «fuertes» como elementos que van ritmando la vida del catecúmeno y del cristiano, durante toda la vida. A este propósito, constato también algunos excesos litúrgicos que no ayudan en el camino pedagógico de este itinerario. Por ejemplo, recuerdo que al llegar ya cercanas las fiestas de la navidad, todos los catequistas se alteraban para preparar la fiesta final de la catequesis, preparando villancicos, representaciones del Belén... y anticipando la misa del día de navidad, vestidos de blanco y con adoración al Niño Jesús. Yo luchaba contra esta idea, y era acusado de ser «liturgista». Pero me parece un contrasentido que en los días previos a la Navidad se celebre la misa de Navidad. Y, al día siguiente, cuando venían a la Iglesia esas mismas familias, - niños, jóvenes y adultos, continuaban viendo el color morado del adviento y preparándose para celebrar el nacimiento del Señor (que ya había nacido en la fiesta de la catequesis). No sólo es un absoluto contrasentido, sino que es pedagógicamente contraproducente. Es como si celebráramos la Vigilia Pascual unos días antes del Domingo de Ramos. Creo que tenemos que celebrar lo que hay que celebrar en cada momento, aunque se celebre una fiesta para culminar el trimestre catequético. Una cosa, no impide la otra. ¡Claro que se puede preparar las figuras del Nacimiento, pero, quizás, sería bueno no poner al Niño Jesús y explicar a todos que se pone, junto a la comunidad parroquial reunida en la misa del día de Nochebuena, que celebra la Natividad de Jesucristo. Son pequeños ejemplos para ilustrar la importancia de vivir todo al ritmo del único año litúrgico que nos acomuna a todos los creyentes en Cristo.

La segunda sugerencia pastoral tiene que ver con el domingo. Creo ha de darse importancia no sólo a la «meta» del itinerario catequético, es decir, la recepción del sacramento, sino también al «durante» de este mismo proceso. Por supuesto que la formación está dirigida principalmente a preparar la recepción de un sacramento como expresión responsable de la maduración personal en la fe. Pero hemos de saber conjugar el momento futuro con el momento presente del proceso. Hay que

ayudar a los catequizandos a valorar el momento central de la semana para todo cristiano, que es la celebración del domingo, Pascua semanal.²⁴

Pienso, por ejemplo, en la catequesis que reciben los jóvenes que se preparan para recibir el sacramento de la confirmación. Es una experiencia dura y difícil para los catequistas; también para los pastores. En ocasiones, estamos hablando de la celebración de la confirmación y no asisten, voluntariamente, a ningún otro acto de la parroquia, incluida la celebración eucarística dominical. Ignoran las advertencias de los catequistas, pastores y padres. No quiero ser negativo. Ciertamente no se puede generalizar esta conducta, pero es frecuente. Ante una actitud así, hace aguas todo lo demás. A veces continuamos, porque es lo mínimo que podemos hacer y confiamos al Señor que haga el resto. Pero en este programa de formación catequética a la confirmación no se puede poner todo el énfasis en la celebración final del sacramento, sino en la participación semanal de la eucaristía, particularmente en la celebración dominical.

Para todos los cristianos, es importante celebrar el domingo, como día de la resurrección de Jesucristo. El papa san Juan Pablo II enriqueció a la Iglesia con la Carta *Dies Domini* en la que reflexionaba sobre la importancia del domingo para los cristianos y su contenido sigue estando en pleno vigor. La eucaristía del domingo debería convertirse en una meta semanal. Debería prepararse a lo largo de toda la semana. No podemos reconocer nuestros pecados en el breve tiempo de silencio que deja el celebrante en el Acto penitencial, si antes, a lo largo de la semana, no hemos hecho un examen de conciencia diario, que vaya reconociendo las faltas y pecados de cada día. No podemos comprender las lecturas proclamadas en la liturgia de la Palabra del domingo, si no estamos familiarizados con los textos de la Sagrada Escritura a lo largo de toda la semana. No podemos orar, cuando el celebrante nos dirige la invitación «Oremos», si no

24 FRANCISCO, Audiencia general, 13 diciembre 2017: «La celebración dominical de la eucaristía está en el centro de la vida de la Iglesia (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2177). Nosotros cristianos vamos a misa el domingo para encontrar al Señor resucitado, o mejor, para dejarnos encontrar por Él, escuchar su palabra, alimentarnos en su mesa y así convertirnos en Iglesia, es decir, en su Cuerpo místico viviente en el mundo».

hemos orado durante la semana. Y así, todos los momentos de la celebración. La eucaristía dominical es una meta, un punto de llegada del camino formativo y espiritual de la semana, en todo proceso catequético. De este modo, la celebración de la eucaristía dominical es algo más que el cumplimiento de un precepto; se convierte en un plan de vida para toda la semana: preparada y prolongada personalmente en comunión con toda la Iglesia.